

## Línea discontinua

# Almería, ¿cateta?

ALBERTO GUTIÉRREZ



«Almería es muy cateta, Almería es un pueblo». Estas afirmaciones las hemos escuchado tantas veces que muchas personas se las han creído, seguras de que nuestra tierra encierra una marginación propia de los pueblos que describía Miguel Delibes en su impagable literatura, o típica también de las casposas –y simpáticas– películas de Paco Martínez Soria o

Alfredo Landa.

En España hemos ido olvidando el término «cateto», porque Lepe, el pueblo de la fresa y los chistes, se ha llevado todos los adjetivos que el campo ha ido desaguando de su vocabulario mientras la emigración a las grandes ciudades consumaba términos como charnego –en Cataluña–, y numerosos municipios perdían el forro del alma a causa de ese abandono que originó los bellísimos pueblos fantasmas.

Sin embargo, «lo cateto» todavía perdura en nuestra provincia. Es el epílogo a una conversación acerca de la falta de oferta cultural y de ocio, de la ausencia del ritmo vital de otras ciudades frenéticas o de la inexistencia de un crisol de razas, religiones, etcétera, todo lo cual barniza de cosmopolitismo a las grandes urbes.

«Si quiero ver una buena obra de teatro me tengo que ir a Madrid», «Para ver museos, nada como el Triángulo de Oro de la capital», «Un buen partido de fútbol, en el Camp Nou».

La lista de frases manidas es interminable y, sobre todo, demasiado cansina, pues, siendo en parte verdad, ¿no es menos cierto que hoy por hoy disfrutamos de una oferta cultural que para sí quisiera cualquier otra provincia española de similar población? ¿O que el sano pique entre Almería y Roquetas está regalándonos espectáculos antológicos y de verdadera categoría?



Pero voy más lejos. Cuando alguien dice que Almería es cateta, yo suelo responderle: «de acuerdo, si crees que es así, dime, ¿tú haces algo por cambiar la situación?». La respuesta, en el mejor de los casos, es dubitativa, porque la realidad es que muy pocos luchan por mudarle la piel a aquellos asuntos que tanto le preocupan, al menos de boquilla. Hay quienes prefieren irse, porque aquí, dicen, no se sienten felices por estos motivos. Pero, digo yo, ¿acaso no hay grupos de teatro, talleres de escritura, cursos de fotografía, clubes de montaña, de buceo, de natación, etcétera, o asociaciones de cualquier tipo en los que uno pueda encontrarse con personas de semejantes inquietudes?

Siendo, como soy, partidario de viajar y de conocer otros lugares en donde sumar conocimientos y vivencias –ivivan las becas Erasmus!–, creo que en muchas ocasiones pecamos de inmovilismo, a pesar de haber cruzado fronteras.

Una cosa es viajar y otra aprender de la experiencia del viaje.

Una cosa es pasar por la Universidad y otra muy distinta que la Universidad pase por ti. Quiere decirse que resumir una posible realidad con una sentencia como «Almería es cateta o es un pueblo» sólo implica que el que la haya dicho corra el peligro de que otros le adelanten con mil lecciones sobre cultura, ocio y arte para la buena vida.